

### Roma en Cervantes, de *La Galatea* al *Persiles*

Blanca Santos de la Morena y Manuel Piqueras Flores  
(Universidad Autónoma de Madrid y Universidad de Castilla-La Mancha)

A Antonio Rey Hazas

#### Roma y *La Galatea*, vida y literatura

La única alusión que Cervantes hace sobre su estancia en Roma la encontramos en la dedicatoria de *La Galatea* a Ascanio Colonna. En ella recuerda su desempeño como camarero al servicio de Giulio Acquaviva: “Juntando a esto el efecto de reverencia que hacían en mí ánimo las cosas que, como en profecía, oí muchas veces decir de V. S. Ilustrísima al cardenal de Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma, las cuales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo” (Cervantes 2014, 13). La estancia romana del escritor se nos presenta llena de enigmas: como explica Jean Canavaggio, además de esta mención autobiográfica contamos únicamente con otro testimonio: la solicitud de información de limpieza de sangre hecha por Rodrigo de Cervantes para su hijo Miguel, cuya finalidad nos resulta hoy desconocida (Canavaggio 2001, 55). Se ha considerado la posibilidad de que Cervantes llegara a Italia huyendo de la petición de prendimiento por haber herido a un tal Antonio de Sigura (Rey Hazas 2005, 19; Canavaggio 1987, 44), aunque hay quienes niegan tal posibilidad, y piensan que el Miguel de Cervantes perseguido fuera un homónimo (Bailón Blancas 2001, 39).

Más allá de los procedimientos literarios que Cervantes desplegara posteriormente, los recuerdos de Roma pudieron funcionar como base para construir las imágenes de la ciudad de eterna que aparecen a lo largo de sus obras —Canavaggio, de hecho, lo da por supuesto (2001, 56)—. Además, como “estante en corte romana” (Silva 1999, 39), por decirlo con palabras de su padre, pudo tener entrada a un mundo cortesano que en España siempre le resultó de difícil acceso, y del que renegaría más tarde—“que yo no soy bueno para palacio”, dirá Tomás Rodaja (Cervantes 2013, 281)—. La dedicatoria a Ascanio Colonna, con la que intentó ganarse el favor de un mecenas que promovió un importante círculo literario a su alrededor (Marín Cepeda 2015), por un lado; y el texto mismo de *La Galatea*, por otro, muestran a un Cervantes que tratando de tomar posiciones en el entramado político-religioso provocado por las difíciles relaciones de Felipe II con el papado (Rey Hazas 2000; Marín Cepeda 2008, 325). Cervantes resaltó el prestigioso linaje de los Colonna, que se hacían entroncar míticamente con Julio César y con Eneas (Montero 2014, 13):

Que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. Ilustrísima, con que da cada día señales de la clara y generosa estirpe do deciende, la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza romana, y en las virtudes heroicas obras con la misma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del trono y ramos de la real casa Colona. (Cervantes 2014, 13)

La búsqueda del patrocinio del futuro cardenal tenía unas fuertes implicaciones políticas, puesto que se trataba de “un miembro de una de las más nobles familias romanas [que] sin embargo [...] era por entonces servidora de Felipe II, y no del Papa, y así seguramente lo entendió Cervantes, desde la perspectiva dominante y castellanista del poderoso [...] rey de España” (Rey Hazas 2008, 109-110). Nuestro autor dirigió su obra a la que sería después una de las *columnas* de apoyo más importantes de monarquía

española en Roma, pues, como indica Patricia Marín Cepeda, tras su estancia en Alcalá de Henares y Salamanca, el joven Ascanio “procurará mostrar un continuo apoyo a los intereses hispanos dentro de la Curia pontificia” (2015, 13). Este enfoque no nos debe hacer perder de vista que el círculo de Ascanio Colonna suponía también para el complutense una oportunidad literaria de primer orden, puesto que el noble romano se rodeó y apoyó a autores tan relevantes como Luis Gálvez de Montalvo, Fray Luis de León, Juan Bautista de Vivar, Luis de Vargas o el Conde de Salinas, varios de ellos muy cercanos al autor del *Quijote*, como ha demostrado el estudio de su epistolario realizado por Marín Cepeda (2015). De hecho, a pesar de que no existen cartas entre Colonna y Cervantes, la estudiosa entiende que:

La presencia de Cervantes en el seno de este grupo de amigos escritores a la sombra de Colonna está justificada por muy diversas razones [...]. Dedicatorias, sonetos laudatorios, elogios cruzados y, sobre todo, la reconstrucción de las redes clientelares y de amistad que saltan a la vista cuando se atan los cientos de cabos sueltos que emergen de textos y paratextos. (Marín Cepeda 2015, 373)

No descarta Marín Cepeda, además, la hipótesis de que Cervantes deseara volver a Italia al servicio del noble, circunstancia que explicaría en gran medida el motivo de la dedicatoria de *La Galatea* (2015, 373-374). Sea como fuere, el futuro cardenal no recibió el capelo hasta 1586 y Cervantes solo regresó a la ciudad eterna en el interior de sus páginas.

Los romanos y lo romano en *La Numancia*

*La tragedia de Numancia* es una de las dos o tres comedias del primer Cervantes dramaturgo que se han conservado (según consideremos *La conquista de Jerusalén*, de atribución probable). Enmarcada dentro del contexto de las tragedias de finales del siglo XVII, Cervantes recrea el cerco de la urbe por parte de los romanos y la resistencia heroica de la ciudad como último reducto en el proceso de romanización, que lleva a sus habitantes a preferir el suicidio antes que la derrota.

Se han establecido correspondencias entre la obra y el contexto político en el que el alcalaíno escribe la tragedia, «de manera que la Numancia pretérita y el presente español acabaran fundiéndose en un espacio atemporal que impulsa la acción” (Baras Escolá 2015, 173):

Cervantes equipara Numancia con España como la Roma de Cipión con la vaticana, dentro de una concepción providencialista. Escoge dos momentos señalados: el saco de 1527, descrito con no oculto regocijo, y la negativa del duque de Alba a un segundo asalto en 1557. Tales reflexiones contra el papado y la exaltación de Felipe II como el verdadero defensor de la religión católica hacen ver en la tragedia una obra de política contemporánea donde el pasado se analiza desde el presente. (Baras Escolá 2015, 178).

El reparto de papeles, sin embargo, no resulta en absoluto maniqueo. Como ha explicado, entre otros, Aurora Egido (2003), encontramos virtudes en el comportamiento de los numantinos, pero también en Cipión, líder romano que aparece caracterizado como un personaje prudente. Además, se produce una cierta inversión de papales si se considera que “en Cipión nos da Cervantes la etopeya, más que de un general romano, del único español coetáneo con quien pudo ser comparado” (Baras Escolá 2015, 179). Como indica Cerstin Bauer-Funke:

El elogio de la ciencia y las estrategias de la guerra que se hace en la Numancia se les atribuye a los romanos, lo que es en realidad una alabanza de las tácticas bélicas de los sitiadores. En este caso, el enemigo del pueblo heroico serviría de modelo militar con claras referencias al monarca español y su comandante Juan de Austria (2011, 35)

No obstante, estamos ante una identificación no exenta de claroscuros, pues don Fernando Álvarez de Toledo tenía fama de ser, además de «prudente, meticoloso y también inclinado a la estrategia militar del cerco», “cruel” (Baras Escolá 2015, 179). De hecho, es advertido de su arrogancia cuando se niega a firmar la paz con los numantinos al principio de la obra:

Embajador 2º.  
 La falsa confianza mil engaños  
 consigo trae. Advierte lo que haces,  
 señor, que esa arrogancia que nos muestras  
 renovará el valor en nuestras diestras.  
 Y pues niegas la paz, que con buen celo  
 te ha sido por nosotros demandada,  
 de hoy más la causa nuestra con el cielo  
 quedará por mejor calificada;  
 y antes que pises de Numancia el suelo  
 probarás dó se extiende la indignada  
 furia de aquel que, siéndote enemigo,  
 quiere serte vasallo y fiel amigo.  
 (Cervantes 2015a, vv. 277-288)

Otra de las paradojas de *Numancia* es que lo romano no resulta exclusivamente patrimonio de los romanos, sino que los numantinos se sienten muy cercanos a elementos culturales y religiosos del imperio. Así, en primer término, como veíamos, están dispuestos a aceptar las leyes romanas a cambio de firmar la paz, en línea con los pactos producidos en gran parte de los procesos de romanización:

Embajador 1º.  
 Numancia, de quien soy ciudadano [...] dice que nunca de la ley y fueros del romano Senado se apartara, si el insufrible mando y desafueros de un cónsul y otro no la fatigara.  
 (Cervantes 2015, vv. 233, 241-244)

Además, fuera ya del contexto del pacto, los numantinos se valen del culto religioso romano para sustentar su esperanza en la resistencia:

Como Cervantes se remonta a los tiempos anteriores a la cristianización de Europa, parece lógico en un primer momento que los numantinos veneren a dioses no cristianos; sin embargo, hemos de constatar que tienen —sorprendentemente— los mismos dioses que los romanos. Veneran a Júpiter, a Marte, a Plutón, a Ceres

y a Diana, todos ellos procedentes de la mitología romana. Bauer-Funke (2011, 35)

Además, como indica López Férez: “en el *Cerco de Numancia* encontramos a Júpiter diez veces, al menos. Hay un evidente deseo de los numantinos por atraerse al dios supremo de Roma, precisamente para que actúe contra el invasor romano” (2001, 258). Podría pensarse que con ello Cervantes intenta adjudicar algunos de los rasgos positivos de la civilización romana a los numantinos, de manera que pueda caracterizarlos con la pátina de prestigio de la cultura clásica, pero lo cierto es que las prácticas religiosas del pueblo sitiado presentan numerosas contradicciones, con la aparición de elementos de carácter cristiano y hasta católico (sacrificio del cordero, celebración de una pseudoeucaristía) que se entremezclan con ritos profanos. Blanca Santos de la Morena ha estudiado en profundidad estos aspectos en su tesis doctoral (2017), por lo que no nos interesa detenernos en ello, pero parece evidente que la apropiación por parte de los numantinos de los dioses romanos funciona como un elemento provocador de la paradoja. No en vano, Cervantes era consciente de que aunque cabía una identificación patriótica con Numancia, también era posible establecer paralelismos entre la situación política del Imperio romano y de la Monarquía Hispánica, sobre todo si consideramos las circunstancias en las que tuvo lugar el sitio de Amberes por parte de los tercios, que se desarrolló entre 1584 y 1585. Para Baras Escolá, es posible pensar que Cervantes quería aportar un “*exemplum ex contrario*” (2015, 179) para que Alejandro Farnesio, sustituto del Duque de Alba, no siguiera las tácticas de su predecesor.

#### La Roma contemporánea en la literatura de Cervantes

Son varias las ocasiones en las que Miguel de Cervantes introduce la ciudad de Roma en las obras literarias que sitúa en su contemporaneidad. Así, por ejemplo, en el capítulo 8 de la segunda parte del *Quijote* el protagonista menciona en varias ocasiones la ciudad eterna en un diálogo con Sancho Panza. Las alusiones se caracterizan por presentar lugares y monumentos modernos situados sobre construcciones imperiales clásicas. Así, en primer lugar, y en el marco de una pequeña facecia, don Quijote hace una descripción de Santa María della Rotonda, iglesia consagrada en el Panteón:

–Quiso ver el Emperador [Carlo Quinto] aquel famoso templo de la Rotonda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima. (Cervantes 2015b, 752-753)

A lo largo del mismo diálogo explica a Sancho:

–Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, a quien hoy llaman en Roma «la aguja de San Pedro»; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a quien llamaron *moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. (Cervantes 2015b, 755-752)

Las descripciones de los monumentos muestran la convivencia de dos almas distintas en la ciudad: la de la Roma imperial pagana y la de la Roma cristiana. Cervantes pasa de una a otra “sin brusquedades ni rupturas” (Puig 2001, 332), como sucede también en *El licenciado Vidriera*, la novela ejemplar que más desarrolla la descripción de la ciudad a partir de la visita de Tomás Rodaja. Cervantes la introduce aquí como la “reina de las ciudades y señora del mundo” (Cervantes 2013, 272). El licenciado realiza un recorrido que alterna lo religioso y lo clásico. Lo primero que se dice es que “visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza” (2013, 272), para pasar a describir su pasado clásico a través de sus ruinas: “Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas; por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes” (2013, 272). Como ha indicado Jean Delumeau (1975, 39-42), las ruinas de la Roma imperial dejaban una honda impresión en los viajeros del siglo XVI, la misma que parece sentir Rodaja.

Para seguir la trayectoria histórica de la ciudad eterna, Cervantes se refiere a continuación a los mártires del cristianismo primitivo: “por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura” (2013, 272). Alude después a sus puentes, a las vías principales, y con una visión particular, se refiere a tres de las siete colinas, incluyendo entre ellas la colina vaticana —en contra de la visión tradicional—, con lo que, según Idoya Puig, “revela de este modo la preeminencia religiosa de su visión de la ciudad” (2001, 332):

Por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras; y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. (Cervantes 2013, 272-273)

Concluye la descripción de la ciudad aludiendo a su condición de capital católica del mundo, en la que Vidriera cumple con los actos esperados del peregrinaje religioso en la época:

Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias y confesándose con un penitenciario y besado el pie a su Santidad, lleno de agnusdeis y cuentas determinó irse a Nápoles. (Cervantes 2013, 273)

Canavaggio compara la visión de Roma en el *Licenciado Vidriera* con la contenida en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*:

Lo que tiene, a nuestro parecer, mayor relevancia a la hora de interpretar la diferencia de perspectiva que separa estos dos acercamientos cervantinos a Roma es la lógica interna que rige una y otra visión y fundamenta su respectiva coherencia. La estancia de Tomás Rodaja no es más que una breve etapa en el clásico recorrido por Italia que le lleva de Génova a Nápoles y luego a Sicilia, pasando por Luca, Florencia y Roma, antes de volver por Loreto, Venecia y Parma a Milán y al Piamonte; en tal circunstancia, encarna el licenciado un espíritu

aventurero que le lleva a contemplar sin miramientos el espectáculo que le ofrece la curia romana; un espíritu del que tan sólo se desprende al ingerir el fatídico membrillo que desencadenará su locura, en una circunstancia parecida a la que origina la enfermedad de Auristela. En cambio, el mundo que se ordena alrededor de Persiles y de Sigismunda, sostenido por las verdades contradictorias de la fe y la filosofía, se nos aparece sumamente ambiguo, dividido entre tensiones antagónicas que, como acabamos de ver, vertebran de cabo a rabo el episodio romano. (2001, 60)

Ciertamente, en la novela póstuma Roma es el destino final, la meta del peregrinaje realizado por Periandro y Auristela, y, sin embargo, Cervantes parece incidir más en la Roma prostibularia que en la imagen de la ciudad santa, como ya vio Franco Merregalli (1987). Mucho se ha escrito sobre el tema, que entronca directamente con las diferentes interpretaciones religiosas del *Persiles*, y merece un tratamiento más detenido y exclusivo. Sin embargo, parece claro que la visión de Roma es paradójica, con una mezcla de lo humano y lo divino, como han mostrado entre otros mucho Emilia Deffis de Calvo (1999, 96), Michael Armstrong-Roche (2009, 74) y Antonio Rey Hazas. Este último explica cómo la compleja presentación de la ciudad responde a la necesidad de ser el último “peligro” que deben enfrentar los peregrinos, que Auristela decida profesar votos como Leonora Pereira:

Una visión de Roma monolítica y archicatólica hubiera sido adecuada únicamente para la culminación de la fe sin quiebras y la castidad sin mácula de los dos peregrinos. Pero no se trataba sólo de eso. Había que mostrar la cara oscura de Roma, para que la vida se mantuviera en el fiel de la balanza, en la armonía no sólo religiosa sino también humana que implica el matrimonio cristiano, en la que salva a la par el amor y la espiritualidad, el sentimiento y al fe, la tierra y el cielo. La Roma santa estaba presente desde el principio en la mente de los héroes; pero no la ciudad llena de putas, judíos embaucadores y jueces corruptos. Y es que no todo es alma, también existe el cuerpo; por eso, Hipólita y el Calabrés eran tan necesarios para el alma y el cuerpo como los sacerdotes que instruyen a la devota peregrina nórdica. De ahí la visión dual de la urbe, santa y pecadora [...]. La Roma cervantina está más poblada de prostitutas y de rufianes que de clérigos ejemplares, porque el gran obstáculo final para el amor era más la tendencia de Segismunda a entrar en religión que la lujuria de Hipólita la Ferraresa o las pretensiones de Arnaldo y el duque de Nemurs. El último “trabajo”, el más importante, era el que estaba latente desde el primero: la urbe “putana”, tan real como la “católica, era el contrapeso imprescindible para que al peregrino septentrional no le sucediera lo mismo que al caballero portugués [Manuel de Sousa Coutiño]. (Rey Hazas 2008, 92)

A la explicación efectuada por Canavaggio respecto a la diferencia de tratamiento de la ciudad eterna en *El licenciado Vidriera* y el *Persiles*, cabe anteponer el ejemplo de la visión romana en *La española inglesa*. Esta novela ejemplar se mueve en las coordenadas de la bizantina y preanuncia varios de los motivos del *Persiles*, y, sin embargo, las acciones realizadas por Ricaredo no distan en gran medida de las de Tomás Rodaja:

Después que me partí de Londres por escusar el casamiento que no podía hacer con Clistera, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que

mis padres me querían casar [...] por Francia llegué a Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe. Besé los pies al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciario, absolviome de ellos, y diome los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesión y penitencia y de la reducción que había hecho a nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa. (Cervantes 2013, 259)

Si las experiencias romanas de Ricaredo y Rodaja se parecen, no sucede lo mismo con la de Rodolfo. El protagonista de *La fuerza de la sangre*, tras violar a Leonora, realiza un periplo por Italia: un “viaje de aventuras” similar al de Vidriera, por decirlo con las palabras de Canavaggio, y sin embargo, como indica Puig, “aunque esta novela presente fuertes connotaciones religiosas, Cervantes no aprovecha el viaje a Roma para darle una significación de peregrinaje, como ocurrirá en otras novelas” (2001: 331), lo que pone en cuarentena las interpretaciones de la novela que entienden que el violador sufre una transformación en su viaje.

Volviendo a *La española inglesa*, encontramos un elemento subversivo que estará presente en el *Persiles* más tarde: la peregrinación como excusa para huir de un casamiento no aceptado por Ricaredo, en un caso; y por Periandro y Auristela, en el otro, contraviniendo el deseo paterno. A este respecto, indica Jesús G. Maestro que: “El motivo de esta peregrinación es político y personal, en absoluto religioso o moralista. Quien busque en la peregrinación la fuerza motriz del *Persiles* tendrá que aceptar que tal *peregrinatio* no tiene en absoluto una causa religiosa, sino un motivo sólo político o sucesorio, familiar o maternal” (2003, 231). En realidad, tanto en el caso del *Persiles* como en el de *La española inglesa* el motivo de la peregrinación religiosa resulta una extraordinaria excusa para la huida, pero eso no obsta para que en las dos novelas nos encontremos elementos religiosos que merecen ser tomados en cuenta, aunque también puestos en perspectiva.

Si las peregrinaciones de *La española inglesa* y de *Los trabajos del Persiles y Sigismunda* tienen un componente fingido, existe otro caso cervantino donde este aspecto se desarrolla de forma burlesca hasta sus últimas consecuencias: en *La entretenida*. En esta comedia de enredos, una de las últimas escritas por el alcaíno, Cardenio, con la ayuda de su criado Torrente y de Muñoz, el escudero de Marcela —dama con la que busca casarse— se hace pasar por el primo y pretendiente de esta, el indiano don Silvestre de Almendárez, a quien solo conocen de oídas. Para explicar su ausencia de pertenencias, el criado finge un naufragio y anuncia una peregrinación para dar gracias por su salvación:

Torrente  
 Digo  
 que el señor don Silvestre de Almendárez  
 no pudo más. El caso fue forzoso,  
 y la borrasca tal que nos convino  
 alijar el navío, y echar cuanto  
 en su anchísimo vientre recogía  
 al mar, que se sorbió como dos huevos  
 catorce mil tejuelos de oro puro.  
 Al cielo las promesas y oraciones  
 volaban más espesas que las nubes,  
 que la cara del Sol cubrían entonces;  
 entre las cuales oraciones, una  
 envió don Silvestre al sumo alcázar

con tan vivos y tiernos sentimientos,  
 que penetró los cascos de los cielos.  
 Conteníase en ella que de Roma  
 aquello que se llama Siete Iglesias<sup>[11]</sup><sub>[SEP]</sub>  
 andaría descalzo peregrino,  
 si Dios de aquel peligro le sacaba.  
 Añadió a su promesa mi persona;  
 añadidura inútil, aunque buena  
 en parte, pues que soy su amparo y báculo.<sup>[11]</sup><sub>[SEP]</sub>  
 En fin, salimos mundos y desnudos  
 a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo,  
 habiéndose engullido el mar primero [...].  
 La primera estación fue a Guadalupe,  
 y a la imagen de Illescas la segunda,  
 y la tercera ha sido a la de Atocha;  
 a hurto quiso verte, y esta tarde  
 quiere partirse a Roma.  
 (*La entretenida* 2015c, vv. 828-852, 888-892)

Roma juega además un papel importante en la acción, puesto que como el casamiento entre don Silvestre y Marcela es entre primos, necesita la dispensa papal:

Muñoz  
 Esperando si de Roma<sup>[11]</sup><sub>[SEP]</sub>  
 el Padre Santo le envía<sup>[11]</sup><sub>[SEP]</sub>  
 licencia para casarse  
 con Marcela, que es su prima.  
 (*La entretenida* 2015c, vv. 2623-2626)

El enredo queda al descubierto cuando llega el verdadero don Silvestre, pero Marcela no se termina casando ni con el pretendiente fingido ni con el verdadero, entre otras cosas porque la licencia ha sido denegada:

D. Antonio  
 que el pontífice no quiso  
 conceder dispensación  
 entre mi primo y mi hermana.  
 Marcela  
 Casamientos de parientes  
 tienen mil inconvenientes.<sup>[11]</sup><sub>[SEP]</sub>  
 (*La entretenida* 2015c, vv. 2989-2993)

La situación da a Marcela pie para poder elegir. Como indica Ignacio García Aguilar, “el personaje femenino hacía patentes sus reticencias matrimoniales, demostraba capacidad suficiente para adoptar sus propias decisiones y ponía de manifiesto lo absurdo de las uniones preestablecida” (2015, 139). Así, aunque Clavijo, el criado de don Silvestre, está dispuesto a ir a la ciudad eterna para solucionar el problema —“yo iré a Roma y la traeré (v. 2995)— la comedia “acaba sin matrimonio” (v. 3089), en contra de las convenciones establecidas por un sistema teatral que Cervantes pone en la picota. Roma, por tanto, como en el *Persiles* y en *La española inglesa*, se relaciona con el matrimonio cristiano, y aunque Cervantes no dice precisamente que el sistema de

dispensas establecido por el catolicismo sea funcional ni infalible —“el favor todo lo allana” (v. 2994) dice Clavijo—, la falta de dispensa provoca finalmente que no se produzca un casamiento concertado sin que los cónyuges lleguen a conocerse. Con la Roma católica como motivo, Ricaredo consigue encontrar a Isabela, Periandro y Auristela pueden casarse y Marcela puede vivir libre, sin pretendientes hacia los que no demuestra interés, como su homónima del *Quijote*. Roma, en fin, en las tres obras, como excusa para la libertad.

**Obras citadas**

- Armstrong-Roche, Michael. *Cervantes's epic novel. Empire, Religión, and the Dream Life of Heroes in Persiles*. Toronto: University of Toronto Press, 2009.
- Bailón Blancas, José Manuel. "Pasos perdidos de Cervantes en Italia (1568-1570)". En Alicia Villar Lecumberri (ed.). *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, 2001. 35-41.
- Baras Escolá, Alfredo. "Lectura de *Tragedia de Numancia*". En Miguel de Cervantes. *Comedias y tragedias*, volumen complementario. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2015, 170-182.
- Bauer-Funke, Cerstin. "El cerco de Numancia de Cervantes: un discurso heterodoxo en la España imperial". En Carmen Rivero Iglesias (ed.). *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011, 33-42.
- Canavaggio, Jean. *Cervantes*. Madrid: Espasa, 1987.
- Canavaggio, Jean. "Cervantes y Roma". En Alicia Villar Lecumberri (ed.). *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, 2001. 53-64.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López. Madrid: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2013.
- Cervantes, Miguel de. *La Galatea*, ed. Juan Montero. Madrid: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2014.
- Cervantes, Miguel de. *Tragedia de Numancia*, ed. Alfredo Baras Escolá. En *Comedias y tragedias*. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2015a, 1007-110.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2015b.
- Cervantes, Miguel de. *La entretenida*, ed. Ignacio García Aguilar. En *Comedias y tragedias*. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2015a, 687-794.
- Deffis de Calvo, Emilia I. *Viajeros, peregrinos y enamorados. La novela española de peregrinación del siglo XVII*. Pamplona: Eunsa (Anejos de Ricle, nº 28), 1999.
- Delumeau, Jean. *Rome au XVIe siecle*. Paris: Hachette, 1975.
- Egido, Aurora. "La discreción y la prudencia en el teatro de Cervantes". *Theatralia* 5 (2003): 89-123.
- García Aguilar, Ignacio. "Lectura de *La entretenida*". En Miguel de Cervantes. *Comedias y tragedias*, volumen complementario. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2015, 135-146.
- López Férez, Juan Antonio. "Algunos dioses de la mitología clásica en Cervantes". En Antonio Pablo Bernat Vistarini (ed.). *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001. T. 1. 357-378.
- Maestro, Jesús G. "Nueva lectura del *Persiles*". *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* 23.1 (2003): 223-234.
- Marín Cepeda, Patricia. "'Et con la penna, et con la lingua, non con l'hasta ne con la spada'. Apuntes sobre el mecenazgo literario de Ascanio Colonna y las redes clientelares en el año de la anexión de Portugal, 1580". En María Cecilia Trujillo Maza (ed.). *Lectores, editores y Audiencia*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2008. 324-331.
- Marín Cepeda, Patricia. *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*. Madrid: Polifemo (colección La Corte en Europa), 2015.
- Meregalli, Franco. "Relectura del *Persiles*". *Anales cervantinos* 25-26 (1987): 327-337.

- Montero, Juan, *et. al.* “Estudio, edición y anotación” a Miguel de Cervantes. *La Galatea*. Madrid: Espasa-Círculo de Lectores, 2014.
- Puig, Idoya. “Imagen y significado de la ciudad de Roma en las *Novelas ejemplares*”. En Alicia Villar Lecumberri (ed.). *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, 2001. 329-335.
- Rey Hazas, Antonio. “Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal”. *Príncipe de Viana* 18 (2000): 239-260.
- Rey Hazas, Antonio. *Miguel de Cervantes, literatura y vida*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Rey Hazas, Antonio. “La palabra ‘católico’: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes”. En Alexia Dotras Bravo *et al.* (eds.). *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 87-133.
- Santos de la Morena, Blanca. *Presencia y tratamiento de la religión en la literatura de Miguel de Cervantes: una visión a partir de su obra completa*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid (Tesis doctoral), 2017.
- Sliwa, Krzysztof. *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra y de sus familiares*. Pamplona: Eunsa, 1999.